

Llegamos al fin de la historia del clérigo-ministro, ó mas bien, de ese clérigo rey, inmutable y despiado como el destino.

Su última víctima fué el conde de Montrésor, culpable de haber recibido en depósito, el oro y las alhajas de la duquesa de Chevreuse, obligada á fugarse para escapar de la persecucion que le habia merecido su frialdad hácia Richelieu, enamorado de sus encantos.

El conde de Montrésor, lo mismo que el abad de Saint-Cyran, no salió del Torreón de Vincennes, sino despues de la muerte de su perseguidor.

Pero no porque moria un tirano dejaba la tiranía de ser ni ménos viva, ni ménos espantosa bajo esa monarquía tan pomposamente alabada.

Los hombres pasaban; pero los principios vivían.

Era siempre el débil humillado bajo el dominio del fuerte.

Era el buen derecho sucumbiendo bajo la violencia.

Y sin embargo, aun hoy hay gentes que elogian ese régimen....

Perdónales, gran Dios!

V.

Cautividad y evasión del duque de Beaufort.—Chaviguy convertido de gobernador en preso.—Los príncipes de Condé y de Conti.—Fouquet, Talon, Lauzun, &c.—Brujos y Brujas.—Las llaves de estaño.—Días tristes y noches alegres.—Traicion.—El príncipe de Riccia.

Luis XIII habia muerto.

Pero Luis XIV, ó mas bien la reina madre Ana de Austria, le sucedía.

Richelieu habia muerto.

Pero á ese clérigo audaz, profundo, implacable, sucedía un clérigo astuto, cobarde y cruel.

Mazarin, sucediendo á Richelieu, era la serpiente remplazando al tigre.

Los dos, dicen los historiadores de agua de rosa, se proponían el mismo fin, fin loable; la humillacion de los grandes!

Hermosos pensadores que hallais eso tan loable, os preguntaremos:

—Si no hubiese sido mas loable querer la elevacion de los pequeños y trabajar para lograrla?

Dónde habeis visto, señores, que el aminoramiento de los derechos y de las facultades fuese un progreso?....

Pero aquí, nuestra mision es narrar los hechos.

Uno de esos grandes que á Mazarin importaba humillar, era el duque de Beaufort, nieto de Enrique IV é hijo de César Vendôme, de quien hemos hablado en otra parte.

Era un hombre singular, á quien habia sido imposible hacer aprender nada en su juventud.

Apénas sabia leer y firmar su nombre.

Algunas veces, sus escurriduras de lenguaje eran prodigiosas.

Con todo, no le faltaba talento, y ademas, estaba dotado de un valor muy grande.

Este hombre era adorado del pueblo, tanto á causa de su buen humor, de la incorreccion de su lenguaje, tanto por el odio que tenia á Mazarin.

Se le llamaba el rey de los *Mercados*.

Lo era en efecto, y esa monarquía lo hacia temible al ministro.

No era difícil, sino peligroso hacer temblar al astuto cardenal.

La pérdida de Beaufort fué resuelta.

Siguiendo en esto el ejemplo de Richelieu, quien se habia desecho de sus mas temibles enemigos acusándoles de conspirar contra su vida, Mazarin pretendió haber descubierto un complot cuyo gefe era el duque de Beaufort, y con el fin de asesinarle, un dia que debia ir á la aldea de Maisons.

Ana de Austria no habia consentido sino difícilmente en prestarse á esta intriga.

Amaba á Beaufort, á quien en los primeros dias de las conmociones de la menor edad, habia confiado la guardia del jóven rey; pero dominada por Mazarin, se habia rendido y habia firmado la órden de prision.

El 14 de Julio de 1645, hácia la noche, volviendo el duque de Beaufort de caza, entraba en el Louvre, cuando encontró á la señora de Vendôme, su madre, y á la duquesa de su cuñada.

Dijéronle que desde por la mañana no se hablaba mas que de un complot de que se le creía el gefe, y le obligaron á que se ocultase por algunos dias, de miedo de que se apoderasen de su persona ántes de que el negocio se aclarara.

—Yo!—respondió el duque,—me esconderia porque á ese bribon se le antoja temblar sobre su cadalso!.... Ah! *maestro faquino*, eso seria hacerte un hermoso juego!

E inmediatamente fué á ver á la reina, á quien halló en su gabinete y quien le hizo un recibimiento tan gracioso, que ya Beaufort habia olvidado lo que le habian dicho su madre y su cuñada, cuando entró el cardenal al aposento de S. M.

Entónces recordó Beaufort lo que habia pasado, y fué vivamente al encuentro del ministro.

Pero la reina que habia visto ese movimiento, se levantó inmediatamente y mandó à Mazarin que fuese à su aposento donde debia haber un consejo.

Entónces el duque quiso salir; pero cuando llegó al pequeño gabinete, se le acercó Guibaut, capitan de las guardias de la reina, quien habiéndole saludado respetuosamente, le pidió su espada, añadiendo que tenia orden de arrestarle.

—Esto es una fea comedia,—dijo el duque,—y bien merecia el autor que le cortasen las orejas. Sin embargo, quiero obedecer la orden del rey, y respetar la voluntad de la reina, à quien siempre he servido bien.... Adónde me llevais, señor?....

—A mi casa, donde permaneceréis hasta mañana, monseñor.

—Vamos, pues, inmediatamente, y hacedme dar de cenar, porque tengo una hambre terrible.

Y en efecto, comió con un buen apetito, en seguida se acostó y durmió con un sueño tranquilo y profundo.

Miéntas tanto, el ruido de esa prision habia corrido prontamente; la madre, la hermana y la cuñada del duque habian corrido à echarse à los piés de la reina.

Pero ese paso fué inútil, porque Anna de Austria habia declarado que no recibiria à nadie.

Al dia siguiente, el duque de Beaufort fué conducido al Torreón de Vincennes, cuyo gobernador era entónces Chavigny.

—Hé aquí un triste lugar,—dijo,—espero que no me dejaréis solo en él.

—Monseñor,—respondió Chavigny,—tendréis un camarista y un cocinero del rey, y ademas, tendréis sin cesar à vuestro lado, al valiente La Ramée, quien nunca duerme mas que con un ojo, y que siempre estará pronto à serviros.

La Ramée era un escento de guardias de corps que habia hecho sus pruebas, y quien tenia à sus órdenes siete ú ocho guardias escogidos con los que se creia al abrigo de toda sorpresa.

El duque pasó cinco años en la prision.

Hacia algo mas de cuatro años que se hallaba allí, cuando un gentil-hombre se acercó à La Ramée, con una carta de un amigo íntimo de este último, à quien le suplicaba que tuviese à su lado à ese caballero llamado Vaugrimaut, à fin de sustraerle à las consecuencias terribles de un duelo en que habia matado à su adversario.

La Ramée hizo que el recién venido fuese admitido en el número de los guardias, proponiéndose observarle.

Bien pronto creyó deber moderar un poco el ardor del celo que ese caballero tenia en el cumplimiento de sus deberes.

Y en efecto, Vaugrimaut se hacia notar entre todos sus colegas, por una multitud de precauciones, de espionage y de pequeñas persecuciones que pronto le atraieron el ódio del duque.



—Belitre!—le dijo Beaufort un día que se hallaron solos,—no me librarán pronto de tu nécia persona?

—No, monseñor, yo soy quien os desembarazará de la vista de mis colegas.

—Qué!

—Basta, moueñor. Detestadme siempre, tratadme lo mas mal posible, vuestra libertad es á este precio.

—Ah! amigo mio.

—Si manifestais sentimiento, todo está perdido.

El duque comprendió que Vaugrimaut habia sido enviado por sus amigos, y admiró la adhesion de aquel hombre.

Un día Vaugrimaut dijo aparte al duque:

—Despues de que comais, no dejeis de ir à pasearos en la galeria exterior.

—Pero La Ramée me acompañará como siempre.

—No os dé cuidado por él, y haced lo que acostumbrais.

El duque siguió puntualmente esas instrucciones.

Inmediatamente que comió, manifestó el deseo de hacer su paseo habitual.

La Ramée le llevó á la galería exterior.

Miéntas tanto, Vaugrimaut fué, segun su costumbre, à ponerse á la mesa con los guardias; pero apénas hubo comido algunos bocados, cuando fingió una súbita indisposicion, y dijo que iba á unirse con La Ramée para tomar aire.

Al salir, tuvo cuidado de cerrar dos ó tres puertas que se hallaban entre la galeria exterior y la sala en que comian los guardias.

Cuando llegó á la galería, se acercó perezosamente con La Ramée; y de repente, en el momento en que este le volvia la espalda, le asió de la garganta con una mano, miéntas que con la otra le introducía en la boca una *pera de agonía*, instrumento de fierro en forma de pera y guarnecida de resortes que se estendian entrando en la boca, la tenian abierta, llenándola de tal suerte, que el paciente no podia gritar.

—Venid á mí, monseñor,—dijo á media voz.

Beaufort se volvió.

Viendo de qué se trataba, se apoderó de las cuerdas que Vaugrimaut habia sacado de sus bolsillos, y con ayuda de las cuales La Ramée, en un abrir y cerrar de ojos, fué atado de manera que ya no tuviesen nada que temer de él.

Inmediatamente, Vaugrimaut fué á tomar un largo cable que habia escondido la víspera en esa galería, y habiéndole atado á las almenas dijo:

—Permitid, monseñor, que yo pase primero; porque si soy cogido me ahorcarán, miéntas que si os cogen, no por eso os tratarán mas mal que àntes.

Inmediatamente se dejó resbalar en el espacio, y cuando ya estuvo à algunos piés del suelo, se lanzó á la otra orilla, donde cinco hombres que se hallaban apostados le atrageron inmediatamente á ellos.

El duque, ménos feliz que Vaugrimaut, no conoció que el cable no era bas-

tante largo, de manera que cuando llegó á la estremidad, se dejó caer pasadamente en el foso, donde permaneció algunos instantes sin movimiento.

Sus amigos le creyeron muerto.

Pero muy pronto el amor á la libertad le dió bastantes fuerzas para que pudiera, arrastrándose, atravesar el foso y atarse en derredor del cuerpo las cuerdas que le tendían.

Algunos minutos despues ya estaba á caballo, en medio de cincuenta caballeros armados hasta los dientes, al frente de los cuales fué al Anjou, donde esperó el momento favorable para presentarse en Paris.

Esta evasion hizo una viva impresion en la corte; el cardenal Mazarin estaba furioso contra Chavigny, á quien acusaba de negligencia.

Por su parte, Chavigny, que detestaba á Mazarin, se disponia á echarse en los brazos del gran Condé, quien acababa de cubrirse de gloria en la batalla de Lens, ganada por él contra los españoles.

Desgraciadamente el gobernador habia escogido mal sus confidentes.

Un día cuando se disponia á comer alegremente con los muchos amigos suyos, un gentil-hombre del rey le llevó la orden de que marchara á su tierra de Chavigny.

—Señores,—dijo entónces á sus convidados,—el rey no permite que hoy comamos juntos.

Y enseñando la orden de destierro, añadió:

—Os suplico que permitais que obedezca inmediatamente á S. M.

Al mismo tiempo pidió su carroza.

Pero cuando ya iba á subir, un capitán de guardias llamado Drouet, se le acercó y le significó la orden que tenia de tomar posesion del palacio y del Torreón, y de detenerle en la habitacion que habia ocupado el duque de Beaufort.

Esto era significativo; se queria hacerle expiar la evasion del duque; pero pronto cambiaron las cosas: Chavigny fué llevado á la ciudadela del Hâvre, de donde salió dos meses despues.

Miéntas tanto, continuaban las intrigas y los alborotos.

El príncipe de Condé era omnipotente, rodeado por el príncipe de Conti, por el duque de Longueville, y por otros muchos grandes personajes.

Mazarin, conociendo en cierto modo que la tierra iba á faltarle bajo los piés, no dió á sus enemigos tiempo de tomar la ofensiva.

Espantó á Ana de Austria haciéndola creer que su hijo estaba prócsimo á ser destronado; le arrancó la orden de hacer poner presos á los príncipes de Condé, de Conti y al duque de Longueville, y les hizo encerrar en el Torreón de Vincennes, de donde era gobernador el baron Drouet.

En esta prision, el duque de Longueville estuvo triste y abatido; el príncipe

de Conti se creyó en su última hora; se derritió en lágrimas, y pidió una *Imitacion de Jesucristo*.

Solo Condé conservó su buen humor; y dijo que en vez de una *Imitacion de J. C.*, agradeceria mucho que le dieran una *Imitacion del Sr. de Beaufort*.

Luego se apasionó de repente de la horticultura, y se puso á cultivar en el foso, donde se le permitia pasearse acompañado de guardias, rosas, jazmines y claveles, circunstancia que hizo escribir á Mlle. Scudéry los siguientes versos:

En voyant ces œillets qu'un illustre guerrier
Arrosa d'une main qui gagna des batailles
Souviens-toi qu'Apollon bâtissait des murailles,
Et ne t'étonne pas que Mars soit jardinier.

Miéntas que Condé cultivaba flores, la princesa su muger sublevaba la Guiena; la duquesa de Longueville sublevaba la Normandia, y el vizconde de Turena, que se habia retirado á Stenay, toma el título significativo de *lugar teniente general del ejército del rey para la libertad de los príncipes*.

A pesar de la vigilancia de que eran objeto, los príncipes mantenian una correspondencia muy activa con sus amigos, gracias á la ardiente imaginacion de Montreuil, quien habia hecho fabricar botellas de doble fondo, y que hacia pasar sus cartas, ya por este medio, ya por el de escudos huecos que se cerraban con tornillo, que se enviaban á los presos para jugar, ya por medio de frutas, de de pasteles, de ropa de todas clases.

Al mismo tiempo, Gourville, antiguo camarista del duque de la Rochefoucauld, habia logrado ganar el regimiento de los guardias franceses que ocupaban á Vincennes.

Todo estaba preparado para favorecer la evasion de los príncipes, cuando á un guardia frances se le antojó confesarse y descubrirlo todo.

El sacerdote á quien fué hecha esta confidencia, corrió ó dar parta al coadjutor, cardenal de Retz.

Inmediatamente se tomaron medidas, y los presos fueron llevados de Vincennes al castillo de Marcoussis, de allí á la ciudadela del Hâvre, bajo la escolta del conde de Harcourt, uno de los mas grandes capitanes de su tiempo, lo cual inspiró á Condé, durante el viage, este verso que la historia ha conservado:

Cet homme gros et court,
Si connu dans l'histoire,
Ce grand comte d'Harcourt,
Tout couronné de gloire,

Qui secourut Casal, et qui reprit Turin,
Est maintenant recors de Jules Mazarin.

Poco tiempo permanecieron los príncipes en el castillo del Hâvre y el mismo Mazarin fué à anunciarles que se les devolvía su libertad.

Pero intentando hacerse amigos por este lado, Mazarin perdía los que se había gando por otro.

Así es que el coadjutor Gondi, cardenal de Retz, que se había reconciliado con la corte, se dedicó desde entónces á hacerle la oposicion, oposicion que hacian formidables sus talentos y su audacia.

El ministro se vió, pues, obligado á hacer frente á este peligro.

Pero para imponer silencio á los mas atrevidos, le faltaba la audacia de Richelieu, sobre cuyas huellas tenia pretension de marchar.

Richelieu aprisionaba y mataba.

Mazarin no tenia mas energía que la necesaria para poner presas á las gentes.

De cierto modo, no habia en su individuo mas que la mitad de un matador.

Esto era demasiado, ó demasiado poco, aopcion hecha á las circunstancias en que se hallaba.

Así pues, Mazarin, recurriendo á su conducta ordinaria, hizo firmar á Ana de Austria la órden de arrestar á Gondi, coadjutor y cardenal de Retz.

La ejecucion de esta órden no era cosa fácil, porque el coadjutor no salia nunca sino armado y bien acompañado; pero sucedió que el 18 de Diciembre de 1652, creyendo no poderse dispensar de ir à presentar sus respetos al rey, quien acababa de entrar en su capital, tuvo la imprudencia de ir solo al Louvre.

Apenas habia entrado en las habitaciones, cuando encontró al jóven rey que iba á ver á la reina.

Luis XIV le acogió muy graciosamente y le invitó á seguirle; luego, volviéndose hácia Villequier, su capitan de guardias, le dijo en voz baja:

—Guardad las salidas, y arrestadle al salir del aposento de la reina.

Ya se ve que el rey se habia aprovechado de las lecciones de su madre y de su digno ministro, y que con mucho gusto manifestaba buen semblante para desgarrar mas cruelmente.

La órden del jóven rey fué ejecutada, y el prelado fué conducido al torreón de Vincennes, donde llegó á las once de la noche, y fué alojado en un gran aposento donde no habia fuego, y solo una mala cama.

“El cardenal, dice un historiador, se vió obligado á levantarse por la mañana sin fuego, porque allí no habia leña para encenderlo.

“ Los tres escentos de guardia, que al principio habian puesto al lado de su persona, le aseguraron que no le faltaria al dia siguiente; pero el único que quedó para cuidar al preso, se cogió toda la leña; de manera, que el cardenal, en el tiempo mas riguroso del invierno, pasó quince dias en una sala tan grande como una iglesia, sin poder calentarse.

“ Ese escento se llamaba Ducroisat.

“ Robaba al coadjutor su ropa blanca, sus vestidos, sus zapatos, y el preso se veia obligado à pasar ocho ó diez dias en cama, por no tener con que vestirse.

“ Ese mismo escento, para poner á prueba la paciencia de su ilustre prisionero, hizo trabajar en un pequeño jardín de dos ó tres toesas que estaba en el patio del Torreón.

“ Y como el cardenal le preguntó lo que pretendia hacer de él, le respondió que su designio era plantar en él espárragos, à fin de regalarlos á su eminencia al cabo de tres años.”

El cardenal de Retz, lo mismo que los príncipes que le habian precedido en esa prision, logró mantener activa correspondencia con sus amigos.

Hubo muchas tentativas de evasion; pero salieron mal, y el coadjutor no salió de Vincennes sino para ser llevado al castillo de Nantes, de donde logró evadirse, aunque se lastimó de una espalda al escalar las murallas de la prision.

Habiendo muerto Mazarin en 1661, Luis XIV, que hasta entonces habia permanecido en tutela, comenzó en fin, á usar de su autoridad.

“Uno de sus primeros actos fué la prision del superintendente Fouquet, quien mientras los tres años que duró su proceso, fué llevado de prision en prision, y por último, pasó de Vincennes á la Bastilla, de donde se fugó despues de poco tiempo de estar allí preso. (1)

Péguilin, despues duque de Lauzun, fué tambien uno de los personajes importantes de esa época, que fué encerrado en el Torreón.

Lauzun era, dice Saint-Simon, un hombrecillo semi-rubio, de talle bien hecho, con la fisonomía espiritual, pero sin que fuera agradable, lleno de ambicion, de caprichos y de de antojos, envidioso de todo y nunca contento de nada; que queria siempre pasar del fin, sin instruccion, sin ningun adorno en el talento, naturalmente melancólico, solitario, salvaje; muy noble en todas sus maneras; malo por naturaleza, aún mas que por envidia; buen amigo cuando queria serlo, lo cual era raro; burlesco implacable, cortesano dichoso, altanero hasta la insolencia, y bajo hasta el cieno; en una palabra, el mas atrevido, el mas diestro, y el mas maligno de todos los hombres.

Segundon de Gascuña, muy noble y muy pobre, Lauzun habia sido introducido en la corte por el mariscal Gramont, primo hermano de su padre.

Su camino habia sido uno de los mas rápidos.

En poco tiempo llegó á ser capitan de guardias de corps, y pretendia no quedarse ahí.

Habiendo sabido que el gran duque de Mazarin queria deshacerse de su cargo de gran maestre de la artilleria, Lauzun lo pidió al rey, quien se lo prometió recomendándole el secreto; pero orgulloso con ese nuevo favor, el segundon de Gascuña no pudo callarse.

El ministro Louvois representó respecto de eso al rey, quien se retractó.

Lauzun, desolado, pero siempre audaz, fué á ver al rey, y le dijo que cumpliría su palabra.

(1) Véase la *Historia de la Bastilla*.—Paris, en casa de Boisgard, 1851.